

demás, Otway es de su tiempo: turbio y de color forzado; permanece sumido como los otros en la parda y velada atmósfera semifrancesa, semiinglesa, en que los brillantes esplendores importados de Francia paldiecian ofuscados por la niebla insular. Es de su tiempo; escribe, como los demás, comedias fangosas, el *Soldado de fortuna*, el *Ateo*, la *Amistad á la moda*. Pinta caballeros brutalmente viciosos, bribones por principios, tan duros y tan corrompidos como los de Wycherley; un Beaugard que pregona y practica las máximas de Hobbes; un Sir Jolly Jumble, especie de Falstaff innoble, rufián, á quien las prostitutas llaman «papaito», y que no puede comer al lado de una mujer sin «decirla indecencias y trazar en la mesa con el dedo figuras obscenas»; un Sir Davy Dunce, animal asqueroso, «cuyo aliento es peor que el asafétida, que declara insana la ropa limpia, que come ajos á todas horas y masca tabaco»; un Polidoro que, enamorado de la pupila de su padre, trata de violarla en la primera escena; envidia á los animales que pueden satisfacerse y marcharse cada uno por su lado, y forma el propósito de imitarlos á la primera ocasión (1). No hay nadie, ni aun sus heroínas, á quien no envilezca. Realmente ese mundo da náuseas. Los autores creen salvar todas esas crudezas con correctas metáforas, con periodos poéticos rotundos, con un aparato de frases armoniosas y de expresiones nobles.

Se figuran igualar á Racine, porque remedan el estilo de Racine. No saben que, en ese estilo, la elegancia visible se adapta admirablemente al fondo; que, si es una obra maestra de arte, es también una pintura

(1) *Huérfana*: fin del acto I.

de las costumbres; que sólo las personas de mundo más refinadas y delicadas han podido hablarle y entenderle; que pinta una civilización como el de Shakespeare; que en él se expresan todas las pasiones y todos los matices de las pasiones, no en verdad selváticas é indómitas como en Shakespeare, sino atenuadas y afinadas por la vida de la corte; que ese es un espectáculo tan único como el otro; que la naturaleza perfectamente civilizada, es tan compleja y tan difícil de comprender como la naturaleza perfectamente intacta; que ellos, por su parte, se hallan tan lejos de la una como de la otra, y que, en suma, sus personajes se parecen á los de Racine tanto como el portero de M. de Beauvilliers, ó la cocinera de Mme. de Sévigné á M. de Beauvilliers y á Mme. de Sévigné (1).

## VI

Dejemos, pues, este teatro en el olvido que ha merecido, y busquemos en otra parte, en los trabajos de gabinete, un empleo más feliz de un talento más completo.

Ese es el verdadero dominio de Dryden y de la razón clásica. Disertaciones en verso, epístolas, sátiras, traducciones é imitaciones: tal es el campo en que las facultades lógicas y el arte de escribir hallan su mejor empleo. Antes de descender á él y de observar

(1) Decía Burns que, por medio del razonamiento y de los libros, había llegado á figurarse en su aldea casi exactamente todo lo que había visto más tarde en los salones, todo, excepto una mujer de la alta sociedad.

allí la obra de esas facultades, conviene mirar más de cerca al hombre que las aplicaba á tales fines.

Es un espíritu sumamente sólido y juicioso, un excelente argumentador, acostumbrado á digerir sus ideas, armado de pruebas maduramente meditadas, firme en la discusión, donde le vemos asentar principios, hacer divisiones, citar autoridades, sacar consecuencias, y proceder, en fin, con tal dominio que, si se leyese sus prólogos sin leer sus obras dramáticas, se le tomaría por uno de los maestros del drama. Alcanza naturalmente la prosa definitiva; sus ideas se desarrollan con amplitud y claridad; su estilo es de buena ley, exacto y sencillo, exento de las afecciones y cinceladuras con que Pope recargará más tarde el suyo; su frase, á semejanza de la de Corneille, es amplia y rotunda por la sola virtud del razonamiento interior que la despliega y sostiene. Se ve que el escritor es un hombre que piensa, y por sí mismo; que enlaza sus pensamientos, que los comprueba, que, por encima de todo, posee un golpe de vista certero, y une al proceder metódico un sano juicio natural. Tiene los gustos y las debilidades que corresponden á su forma de inteligencia. Pone en primera línea al «admirable Boileau cuyo ritmo es excelente, cuyas expresiones son tan nobles como justos sus pensamientos, puro su lenguaje, aguda su sátira, compendiosas sus ideas, y que, cuando toma algo prestado de los antiguos, los paga con usura de su propio fondo, en moneda tan buena y tan corriente» (1). Tiene la rigidez de los poetas lógicos, demasiado regulares y sesudos; censura á Ariosto, «que no supo trazar un plan proporcionado, ni guardar ninguna unidad de acción,

(1) *Dedicatoria al Conde de Dorset.*

ni límite de tiempo, ni medida en su enorme fábula, y cuyo estilo es exuberante sin majestad ni decoro, á la vez que sus aventuras traspasan los límites de lo natural y de lo posible.» No comprende la delicadeza mejor que la fantasía. Hablando de Horacio, dice que su talento es pálido, y casi insípida su sal; el de Juvenal es más vigoroso y varonil, y me causa todo el placer de que soy susceptible.» Por la misma razón no aprecia justamente las delicadezas del estilo francés. «La lengua francesa no está provista de músculos como la nuestra; tiene la agilidad de un lebrele, pero no la masa y el cuerpo de un mastín. Ellos dan regla por regla á su estilo la pureza; la del nuestro es el vigor viril.» Dos ó tres frases de este género pintan á un hombre; Dryden acaba de señalar, sin pensarlo, la medida y la índole de su talento.

Ese talento, como ya se presume, es demasiado, y particularmente en lo que atañe á la lisonja. El arte de lisonjear es el primero en una edad monárquica. Dryden no es más hábil en él que sus contemporáneos. Aquende el estrecho se alaba en la misma época tanto como allende, pero sin envilecerse en demasía, porque se adereza la alabanza, ya disimulándola ó realzándola con la gracia del estilo, ya pareciendo amoldarse á ella como á una moda. Suavizada de ese modo, la gente la digiere. Aquí, sin la fina cocina aristocrática, pesa sobre el estómago cruda y maciza. He referido cómo el ministro Clarendon, al saber que su hija acababa de casarse en secreto con el duque de York, suplicaba al rey que mandase decapitarla cuanto antes; cómo la Cámara de los Comunes, compuesta en su mayoría de presbiterianos, declaraba al pueblo inglés y á sí propia rebeldes dignos del último suplicio, y llegaba á arrojarse á los pies del rey, en

actitud contrita, para suplicarle que perdonara á la Cámara y á la nación. Dryden no es más delicado que los estadistas y legisladores. Por lo común sus dedicatorias dan náuseas. Dice á la duquesa de Monmouth que «en ninguna parte de Europa hay nadie que iguale á su noble esposo en varonil belleza y en arrogancia de figura.» «No tenéis más que presentaros juntos para recibir las bendiciones y las oraciones de la humanidad. Nosotros nos hallamos dispuestos á creer que sois un par de ángeles enviados aquí abajo para hacer amable la virtud ó para ofrecer modelos á los poetas, cuando quieran destruir y deleitar á su siglo pintando la bondad bajo la forma más perfecta y seductora de la naturaleza (1).»

En otra parte, volviéndose hacia Monmouth, añadía:

—Todos los hombres se asociarán al homenaje de adoración que os tributo (2).

El duque no pestañeaba, ni se tapaba las narices, y tenía razón: los nervios eran entonces robustos; se respiraba agradablemente una atmósfera donde otros se sofocarían. Habiendo escrito el conde de Dorset alguas cancioncillas y sátiras, Dryden le jura que en su género iguala á Shake-peare y supera á los antiguos. Y esos panegíricos asestados al rostro continúan imperturbablemente durante veinte páginas, en que el autor va pasando revista á las diversas virtudes de su gran hombre, y opinando siempre que la última es la más hermosa; tras lo cual recibía, en recompensa,

(1) Dedicatoria de la *Conquista de Méjico*.

(2) Dedicatoria de la *Mártir Real* al duque de Monmouth.— En la dedicatoria de sus fábulas compara al duque de Osmond con Nestor, José, Ulises, Lúculo, etc.—Otro día compara á la Castlemaine con Catón.

una bolsa de oro. Nótese que en esto Dryden no era más servil que otros. La corporación de Hall, arengada un día por el duque de Monmouth, le regaló seis monedas de oro, que Monmouth dió á Mr. Marwel, representante de Hall en el Parlamento. Los escrúpulos modernos no habían nacido. Yo creo que todas las genuflexiones de Dryden acusaban irreflexión más bien que indignidad.

Un segundo talento, quizá el primero en época de carnaval, es el arte de la expresión licenciosa, y la Restauración fué un carnaval tan delicado sobre poco más ó menos, como un jolgorio de gañanes. En las obras dramáticas de Dryden hay canciones extrañas y pasajes más que resbaladizos. Su *Matrimonio á la moda*, empieza con estos versos que canta una señora casada: «¿Por qué ha de atarnos, ahora que nuestra pasión está extinguida, un necio voto de matrimonio, ha mucho pronunciado?» El lector leerá lo demás; aquí no puede citarse nada. Por otra parte, Dryden es en esto poco feliz; tenía un fondo demasiado serio; era hasta reservado y taciturno. «Su tono libre (dice muy bien Walter Scott), se parece á la insolencia forzada de un hombre tímido.» Quería tener la desenvoltura de un Sedley, de un Rochester; se hacía petulante por cálculo, y se sentaba con todo su peso en la inmundicia por donde los otros no hacían más que saltar. Nada más nauseabundo que una suciedad estudiada, y Dryden lo estudió todo, hasta la jovialidad y la cortesía. Escribe á Dennis, que le había elogiado: «Los méritos que me atribuis me pertenecen tan poco como á la luna su luz, ya que no brilla sino con el reflejo de su hermano» (1). Escribe á su prima, á

(1) 1693. Carta á Dennis.

guisa de narración amena, estos pormenores sobre una mujerona con quien ha viajado: «Su peso hacía que los caballos marchasen muy trabajosamente; pero, para dejarles tiempo de respirar, ella nos detenía á menudo, alegando alguna necesidad de la naturaleza, y diciéndonos que todos somos carne y sangre.» Parece que entonces esas lindezas divertían á las señoras. Sus cartas son un tejido de fórmulas ampulosas de cortesía, de cumplidos aparatosos, de reverencias matemáticas; sus esparcimientos joviales son disertaciones; apuntala las futelezas con periodos. Yo he encontrado en él pasajes excelentes; no los he encontrado nunca agradables; ni siquiera sabe disertar con gusto. Los personajes de su *Ensayo sobre el drama*, se creen aún en los bancos de la escuela; citan doctoralmente á Patérculo, y en latín y todo; combaten la definición del adversario, y advierten que es sólo una definición *a genere et fine*, en vez de comprender el género y la especie, según las buenas reglas. «Se me acusa (dice doctoralmente en un prefacio) de haber elegido personajes disolutos por protagonistas ó personajes principales de mi drama, y de haberlos hecho felices á la conclusión de mi obra, lo cual es contrario á la ley de la comedia, que es recompensar la virtud y castigar el vicio» (1). En otra parte afirma que no quiere abolir en la pasión el empleo de las metáforas, porque Longino las juzga indispensables para excitarla. Su gran discurso sobre *el origen y los progresos de la sátira*, está plagado de superfluidades, de pesadeces, de disquisiciones y comparaciones de comentarista. Siempre asoma el erudito, el lógico, el retórico, sin dejar plaza franca al hombre corriente.

(1) Prólogo del *Mock Astrologer*.

Pero el hombre de corazón aparece á menudo. Entro no pocas caídas y muchos resbalones, vemos eruirse un espíritu, preocupado de pensamientos graves, dotado de arranque y de fibra, y dispuesto á entregar al juicio público su conducta y sus convicciones. Se convirtió lealmente á la religion católica, después de reflexión madura; perseveró en sus creencias después de la caída de Jacobo II; perdió su puesto de cronista y de poeta laureado, y, aunque pobre, enfermo y cargado de familia, se negó á dedicar su *Virgilio* al rey Guillermo. «El disimulo (escribe á sus hijos), aunque licito en algunos casos, no entra en el número de mis dones. Sin embargo, por cariño á vosotros, lucharé contra la franqueza de mi naturaleza. Por lo demás, no acaricio ninguna esperanza; me limito á cumplir mi deber y á sufrir por amor de Dios. Sabéis que los beneficios de mis libros hubiesen podido ser mayores, pero ni mi conciencia ni mi honor me permitían aceptarlos. No me arrepentiré nunca de mi consecuencia, toda vez que estoy profundamente convencido de la justicia de la causa por que sufro.» Habiendo sido despedido de la escuela un hijo suyo, escribió al director, Mr. Busby, su antiguo maestro, con una gravedad y una nobleza altísimas, rogándole sin humillarse, censurándole sin ofenderle, en un estilo digno y mesurado que encanta, pidiéndole benevolencia, si no como una deuda hacia el padre, como un favor al hijo, y añadiendo al fin: «Algo merezco yo con todo, aunque no fuese más que por haberme vencido hasta el punto de suplicar.» Fué buen padre con sus hijos, liberal con su colono, y hasta generoso. «Quizá (dice) se han escrito contra mí más libelos que contra ninguno de los hombres que hoy viven, y yo hubiese tenido el derecho de defender mi inocencia.

Rara vez he contestado á los escritos difamatorios, á pesar de tener en las manos los medios de confundir á mis detractores; y, aunque naturalmente vengativo, he sufrido en silencio y conservado mi alma serena.» Insultado por Collier como corruptor de las costumbres, aguantó ese ataque brutal y confensó noblemente las faltas de su juventud. «Mr. Collier me ha censurado justamente en muchos puntos: no trato de disculpar ninguna de mis ideas ni de mis expresiones; cuando pueden tacharse con verdad de impías, inmorales ó licenciosas, me retracto de ellas. Si es enemigo mío, que se engría con el triunfo; si es amigo (y no le he dado ningún motivo personal para no serlo), se alegrará de mi arrepentimiento.» Tal penitencia realza; para humillarse así, hay que ser grande. Lo era por su inteligencia lo mismo que por su corazón: estaba provisto de razonamientos sólidos y de juicios personales; se elevaba por cima de los meros artificios retóricos y de los expedientes de estilo; era dueño de su verso, servidor de su idea, y poseía esa abundancia de pensamientos que distingue al verdadero genio: «se agolpan en mí tan precipitadamente que mi única dificultad es elegir.» Con esas fuerzas entró en su segunda carrera; la constitución y el genio de Inglaterra se le abrían.

## VII

—Un hombre—dice La Bruyère,—francés de nacimiento y cristiano, se encuentra cohibido en el campo de la sátira; le están vedados los grandes asuntos; á veces los aborda, pero enseguida convierte su aten-

ción hacia menudencias que realza merced á la belleza de su genio y de su estilo.

No sucedía eso en Inglaterra. Los grandes asuntos estaban entregadas á las discusiones violentas: la política y la religión, como dos palenques, llamaban á la lid á todos los talentos y á todas las pasiones. El rey, popular en un principio, había vuelto á dar alas á la oposición con sus vicios y sus faltas, y tenía en contra suya todo el peso del descontento público á la vez que las maquinaciones de los partidos. Se sabía que había vendido á Francia los intereses de Inglaterra; se creía que quería entregar á los papistas las conciencias de los protestantes. Las mentiras de Oates, el asesinato del magistrado Godfrey, su cadáver paseado solemnemente por las calles de Londres, habían inflamado la imaginación y los prejuicios del pueblo; los jueces intimidados ó ciegos enviaban al cadalso á los católicos inocentes, y la muchedumbre acogía con insultos y maldiciones sus protestas de inocencia. Se había privado al hermano del rey de sus empleos, y se le quería privar de sus derechos al trono. En los púlpitos, en los teatros, en la prensa, en los *hustings*, resonaban los ecos de las discusiones y las injurias. Acababan de nacer los nombres de whigs y de tories, y agitábanse los más altos debates de filosofía política, alimentados por el sentimiento de intereses presentes y prácticos y agriados por el rencor de antiguas pasiones heridas. A ellos se lanzó Dryden, y su poema de *Absalón y Achitophel* fué un folleto político.

—Yo manejo mejor el estilo severo que el estilo suave—decía en su prefacio;—y efectivamente; en tal guerra se necesitaban armas. Apenas si una alegoría bíblica, conforme al gusto del tiempo, disimula los nombres sin ocultar á los hombres. Expone la tran-